

Berta abrió el piano.

—No crean ustedes que se trata de una obra maestra, dijo Mad. Josserand, es una pieza sin pretensiones, un simple capricho... Creo que V., M. Mouret, es aficionado á la música, ¿no es verdad? Acérquese usted... Mi hija no toca del todo mal... no es una profesora, pero en fin, al menos ejecuta con sentimiento, ¡oh! ¡con mucho sentimiento!

—¡Le pescó! murmuró Troublot en voz baja... le echó el anzuelo musical.

Octavio no tuvo más remedio que acercarse al piano. Al ver las atenciones que madame Josserand le prodigaba, parecía que hacía tocar á su hija el piano exclusivamente para él.

—*Las orillas del lago*, dijo la excelente mamá. ¡Precioso título! Vamos tesoro mío, toca sin miedo... este caballero será indulgente.

La niña obedeció sin turbarse y como si sus dedos se movieran por un aparato mecánico. Su madre no separaba de ella los ojos, con el aspecto de un sargento dispuesto á corregir con un cachete cualquier falta. Su desesperación era que el instrumento fatigado de quince años de escalas diarias, carecía de la sonoridad del magnífico piano

de cola de M. Duveyrier; y aunque Berta martillaba las teclas, le parecía que no tocaba bastante fuerte.

Desde el segundo compás, dejó Octavio de prestar atención á la música: en cambio contemplaba al auditorio. Los hombres estaban distraídos, las damas parecían preocupadas. Las madres pensaban visiblemente en casar á sus hijas; el carácter dominante de aquella reunión era un voraz apetito de yernos, y para nada se cuidaban los circunstancias de los asmáticos sonidos del piano. Las jóvenes, cansadas, se dormían no pudiendo apenas sostener la cabeza derecha. Octavio que no hacía caso de las niñas, observaba á Valeria. Era fea y no la favorecía su extraño traje de seda amarilla con adornos de satén negro, pero sin embargo la miraba con interés, seducido á pesar suyo por su aspecto, en tanto que ella creyéndose sola, enervada por la música, ofrecía la expresión de una persona enferma.

En esto se oyó el timbre y un caballero entró en el salón.

—¡Oh! doctor... dijo Mad. Josserand, saludándole sin poder ocultar lo que su intempestiva llegada la había irritado.

El doctor Juillerat se excusó por señas y permaneció en el dintel de la puerta sin

cerrarla, en el momento en que Berta destacaba una frase que la sociedad saludó con lisonjeros murmullos. ¡Delicioso! ¡Encantador! Mad. Juzeur se pasmaba. Hortensia que pasaba las hojas, de pié al lado de su hermana, se detuvo al oír el timbre en la antesala, y al ver entrar al doctor experimentó tal rabia que rasgó una hoja de la pieza de música que estaba en el atril. Pero de pronto tembló el piano bajo las delicadas manos de Berta; aquello no era tocar, era golpear las teclas. La pieza terminaba con un ruido infernal de acordes.

Hubo un instante de pausa. Los oyentes se despertaban. ¿Había concluido? Al fin hubo la consabida explosión de aplausos y de plácemes. ¡Admirable! ¡Sublime! ¡La joven tenía un talento superior! ¡Era una profesora!

—Esta señorita, es ciertamente una artista de primer orden, dijo Octavio sintiendo tener que poner término á sus observaciones. Jamás he oído tocar con más expresión.

—¿No es verdad que sí? caballero, exclamó Mad. Jossierand encantada. Preciso es confesar que no lo hace del todo mal. Verdad es que nosotros no hemos desperdiciado la menor ocasión de proporcionar conoci-

mientos de todos géneros á esta hija que es nuestro tesoro. Cuanto ha querido aprender, lo ha aprendido... ¡Oh! si V. la conociera, si V...

Ruido confuso de voces llenaba el salón de nuevo. Berta recibía con la mayor tranquilidad las felicitaciones de los convidados, sin levantarse del piano, aguardando á que su inflexible madre la relevase de aquel suplicio. La buena señora ponderaba á Octavio la habilidad con que su hija tocaba *Los Segadores*, galop brillante, cuando los contertulios se alteraron al oír sordos y lejanos golpes, que redoblaban de fuerza por instantes y parecían como dados por alguien que quería echar abajo una puerta. Todos se miraban unos á otros interrogándose.

—¿Qué sucede? se atrevió á decir Valeria. Ya hace algún tiempo que oigo ese ruido.

Mad. Jossierand se puso pálida. Reconoció la obra de su hijo Saturnino ¡el insensato! y esperaba de un momento á otro verle caer como una bomba en medio de la reunión. Si esto ocurría, no había duda... ¡perdía su hija otra proporción de casarse!

—Es la puerta de la cocina que golpea, dijo con forzada sonrisa... Esa cocinera es tan torpe, nunca la cierra bien, ¡ve tú Berta, hija mía!

La joven comprendió lo que pasaba; se levantó y se fué. En seguida cesaron los golpes, pero la joven tardó un rato en volver. El tío Bachelard que mientras su sobrina tocaba *Las orillas del lago*, había interrumpido algunas veces la música haciendo reflexiones en voz alta, acabó de cargar á su hermana al oírle decir á Gueulin que todo aquello le aburría y que se iba á tomar un refresco. Los dos pasaron al comedor cerrando la puerta tras sí y dando un solemne portazo.

—Este Narciso es tan original, dijo con sonrisa de conejo Mad. Josserand á Mad. Juzeur y á Valeria, sentándose entre las dos. ¡Sus asuntos le preocupan tanto! Y no es extraño... gana un dineral... ¡este año puede ser que no bajen sus ganancias de cien mil francos!

Octavio al verse libre, se acercó á Troublot que aún permanecía arrellanado en el canapé. Cerca de ellos rodeaba un grupo al doctor Juillerat, viejo médico del barrio, de vivos ojos, de labios finos, que había asistido en sus partos á casi todas las señoras presentes y cuidado á sus hijas. Su especialidad era las enfermedades del bello sexo, con cuyo motivo le buscaban los maridos para consultarle gratuitamente. Teófilo le decía

que Valeria había tenido una nueva crisis la noche anterior; se sofocaba mucho, sentía así como un nudo que se le ponía en la garganta y él á su vez tampoco estaba muy católico. Con este motivo habló largamente de su persona, contó todas sus desdichas; había empezado á estudiar leyes, después se dedicó á la industria en una fundición, fué empleado del Monte de Piedad, después se dedicó á la fotografía, creía haber inventado un mecanismo que hacía andar solos á los coches, y para entretenerse explotaba unos pianos-flautas, invención de un amigo suyo. Después volvió á hablar de su esposa; si nada andaba bien en su casa era por culpa de ella, ¡le tenía trastornado con sus pícaros nervios!

—Recétela V. algo eficaz doctor, dijo con los ojos encendidos de rabia, al mismo tiempo que una fuerte tos le hacía retorcerse.

Troublot le examinaba con aire despreciativo y se rió entre dientes mirando á Octavio. Sin embargo, el doctor Juillerat hallaba frases vagas y calmantes: sin duda alguna la proporcionaría algún alivio; era tan buena, que merecía cualquier sacrificio. A los catorce años se ahogaba ya en la tienda de la calle nueva de San Agustín; por entonces la había asistido, padecía de aturdimien-

tos que terminaban con hemorragias por la nariz; y al recordar Teófilo con desesperación la dulce languidez de la joven que le había decidido á casarse con ella y que contrastaba con su actual carácter caprichoso, raro, veleidoso; que tenía su casa revuelta, el doctor se limitó á encogerse de hombros, como dando á entender que no á todas las mujeres probaba bien el matrimonio.

—¡Y se extraña! murmuró Troublot. ¿Qué podía esperar de un padre embrutecido ocupado durante treinta años en vender hilo y algodón, y de una madre llena de malos humores; y por añadidura hospedados los dos en un sótano sin aire y sin luz? ¿Qué habian de producir esos dos seres en semejantes condiciones?

Octavio comenzaba á ver claro lo que pasaba en aquel salón donde había entrado con un respeto de provinciano. Su curiosidad se despertó al ver que Campardon se acercó al doctor para consultarle á su vez, tanto más cuanto que le habló en voz baja, para no dar como suele decirse dos cuartos al pregonero de lo que pasaba en el secreto de su casa.

—A propósito, V. que todo lo sabe, dijo á Troublot, puede V. indicarme cuál es la enfermedad de Mad. Campardon. Todos

cuando aluden á ella ponen una cara triste, y sin embargo nadie me explica...

—Sí hombre, lo que tiene es...

Y continuó la frase al oído de Octavio, que se sonrió al pronto poniendo después una cara muy larga.

—No puede ser, dijo.

Troublot le aseguró por su honor que hablaba la verdad, añadiendo que conocía á otra señora que padecía de lo mismo.

—Por lo demás, créame V., exclamó, después de un parto sucede con frecuencia que...

Y continuó hablando al oído de su nuevo amigo. Octavio, persuadido de lo que le decía, le hizo notar que no era aquello nada agradable para su marido. ¡Vaya un chasco! ¡Y él que se había forjado una novela suponiendo que el arquitecto ocupado en saborear la fruta del cercado ajeno, le impulsaría hacia su cara mitad para distraerla! El tuno sabía que estaba bien guardada. Los dos camaradas continuaron murmurando y riéndose, sin cuidarse de que podían oírlos.

Precisamente Mad. Juzeur comunicaba á Mad. Josserand la impresión que le había producido Octavio. Le parecía un joven muy juicioso, muy inteligente para el comercio

y de porvenir. Después y sin transición habló de Augusto Vabre que estaba de pie en un ángulo de la sala con su insignificancia y su jaqueca habituales.

—Lo que me asombra, querida mía, añadió, es que nunca haya V. pensado en casarle con Berta. Ya sabe V. que al morir su madre, heredó sobre poco más ó menos cien mil francos, lo mismo que su hermano y su hermana; pero él ha sabido colocar bien este capital mientras que su hermano lo ha derrochado en empresas ridículas. ¡Es un joven de mucho juicio! Ya ve V., con ese dinero ha tomado la tienda del piso bajo, y ahora lo que le falta es una mujer; me consta que piensa en casarse.

Mad. Josserand la escuchaba con asombro. En efecto, jamás había pensado en Augusto: era ya talludito y tenía otra razón más decisiva, su cara no le petaba. Pero Mad. Juzeur la dió á entender que una muchacha hábil haría de él cuanto quisiera. Era muy tímido con las mujeres, no tenía queridas, y carecía por completo de malicia.

—No crea V., añadió, que me mueve á hablarla así algún interés... Pero conozco mucho á los hombres, y francamente, desconfiaría de M. Mouret que no se dejará llevar y traer, al paso que ese pobre de Vabre

es una malva... un pedazo de pan... En fin V. reflexionará.

Mad. Juzeur, en medio de su infortunio, se gozaba en contribuir á la felicidad de las demás mujeres, con cuyo motivo sabía al dedillo todas las historias amorosas de la vecindad. Afirmaba que Augusto había mirado mucho á Berta cuando tocaba el piano. Pero Mad. Josserand le examinaba con atención y pensaba que un yerno como él, no adornaría bastante sus salones.

—Mi hija le detesta, dijo resueltamente, y por nada del mundo la obligaré á que se case contra su voluntad.

Una señorita alta y flaca acababa de tocar una fantasía sobre motivos de la *Dama blanca*. Habiéndose quedado Bachelard dormido en el comedor, Gueulin se presentó con su flauta é imitó al ruisenñor. Pero apenas escuchaban los contertulios; la historia de Bonnaud se había generalizado. M. Josserand estaba trastornado, los padres levantaban las manos al cielo, las madres no salían de su asombro. ¡Cómo! ¿el yerno de Bonnaud era un payaso? ¿De quién fiarse entonces? Y los padres, en su apetito de casar á sus vástagos, se representaban como aspirantes á yernos, presidiarios distinguidos con frac negro y corbata blanca. Ya se ve, el tal Bon-

naud tenía tanta prisa de colocar á su hija, que tomó los informes muy superficialmente, á pesar de su rígida prudencia de jefe de contabilidad meticuloso.

—Mamá, ya está el té, dijo Berta que había ayudado á Adela á abrir las hojas de la puerta del comedor.

Y mientras que los convidados pasaban lentamente, añadió al oído de su madre:

—Ya estoy harta... quiere que me quede con él, que le cuente historias, y si no dice que va á hacer pedazos cuanto encuentre.

En la mesa del comedor sobre un mantel de lienzo crudo muy estrecho aparecía un té, trabajosamente organizado, un bizcocho comprado en la panadería y varias pastas á su alrededor, sin olvidar unos cuantos *sandwichs*, ocupaba en una bandeja el centro de la mesa. A los lados mucho lujo de flores; rosas magníficas y caras, cubrían la mala clase de la manteca y el polvo de las añejas pastas. Los contertulios se admiraron. Los Jossierand, deseosos de casar á las chicas, echaban la casa por la ventana. Todos se atiforraron de té y devoraron el bizcocho y las pastas, porque habían comido poco en sus casas y deseaban acostarse con el estómago repleto. Para los que no querían té, Adela paseaba unos cuantos vasos de jarabe

de grosella, cuya dulzura y exquisita calidad ponderaban los aficionados.

El tío Bachelard dormía en un rincón y no le despertaron ó por lo menos fingieron no apercibirse de su presencia allí. Una señora habló de las fatigas que proporcionaba el comercio. Berta y una de sus amigas ofrecían los *sandwichs*, servían á unos y á otros tazas de té, y preguntaban si querían más ó menos azúcar. Pero sus servicios no eran bastante, en medio de tanta gente que se estrujaba en el comedor; y Mad. Jossierand buscaba á Hortensia para que las ayudara cuando la sorprendió en medio del desierto salón hablando con un caballero á quien no pudo conocer porque estaba de espaldas.

—¡Ah! sí, dijo haciendo un gesto de mal humor. Al fin ha venido.

Los convidados murmuraron en voz baja. Era Verdier, el que vivía con una mujer desde hacía quince años mientras llegaba el momento de casarse con Hortensia. Todos conocían aquella historia, las señoritas se guiñaron el ojo; pero todos evitaban hablar del asunto, mordiéndose los labios para no cometer alguna indiscreción.

Octavio, que no tardó en saber tanto como los demás, miró con interés al galán que estaba vuelto de espaldas. Troublot conocía

á su querida, una buena muchacha; había sido algo loca al principio, pero se había sujetado y era tan honrada como cualquiera de las más honradas señoras de la reunión. Cuidaba mucho á su amante, le zurcía la ropa, y con ella no le faltaba nada. Mientras los observaban desde el comedor, Hortensia reñía á Verdier por haber tardado.

—¡Calle!... ¡jarabe de grosella! exclamó Troublot viendo aparecer á Adela con la bandeja y los vasos.

Le olió y no quiso tomarlo; pero al alejarse tropezó con ella una señora empujándola hacia el miope, éste la dió un pellizco, y ella sonriéndose volvió á presentarle la bandeja:

—Gracias... ahora no... después tomaré, añadió, dirigiéndola una intencionada mirada.

Las señoras se sentaron en torno de la mesa mientras que los caballeros comían de pié detrás de ellas. Hubo las consabidas exclamaciones; un entusiasmo que las bocas llenas ahogaban al salir de los pechos.

De pronto llamaron á los caballeros, y Mad. Josserand exclamó:

—Es verdad... ya no me acordaba. Vea V., M. Mouret, V. que ama tanto las artes.

—Tenga V. cuidado con el anzuelo de la

acuarela, le dijo Troublot al oído, recordando las mañas de la buena señora.

Pero era algo mejor que una acuarela. Como por casualidad se hallaba sobre la mesa una copa de porcelana. En el fondo aparecía una reproducción de la *joven del cántaro roto* con tintas lavadas que de un lila claro pasaban á un azul celeste. Berta se sonreía al oír los elogios que la prodigaban.

—Esta señorita está dotada de toda clase de disposiciones, dijo Octavio... ¡Oh! la reproducción es admirable, no falta en ella ningún detalle, ningún matiz...

—En cuanto al dibujo, añadió Mad. Josserand, garantizo su exactitud... Berta lo ha copiado de un grabado. No he querido que vaya al Louvre, porque hay allí demasiadas desnudeces para una joven que se estima; y además acuden los curiosos...

Al decir esto bajó un poco la voz, proponiéndose demostrar al joven que si su hija era artista, no era despreocupada. Pero la actitud de Octavio un tanto ceremoniosa no la agradó mucho, y al ver que la copa no había producido todo el efecto que esperaba, se dedicó á espiarle no sin cierta inquietud, mientras que Valeria y Mad. Juzeur que estaban en la cuarta taza de té, examinaban

la pintura, prorrumpiendo en frases de admiración.

—Mucho la mira V., dijo Troublot á Octavio, al notar que no separaba sus ojos de Valeria.

—Sí, hombre, sí, contestó poniéndose algo colorado. Es extraño... en este instante hasta parece guapa... se ve á la legua que es una mujer ardiente... ¿Qué opina V., podría uno aventurarse?

Troublot hizo un gesto de asombro.

—¡Ardiente! ¡ardiente! ¡eso no puede saberse así de buenas á primeras!... ¡Vaya un gusto que tiene V.! Pero en fin, nada cuesta probar, aunque yo por mi parte no me ocuparía de eso... con esas señoras hay siempre compromisos y dificultades.

Adela pasó á su lado y echándole una mirada muy tierna añadió:

—De todos modos, eso es mejor que casarse con la pequeña.

—¿Qué pequeña? preguntó Octavio, y comprendiendo antes de oír la explicación que pedía soltó una carcajada. ¡Cómo! ¿Ha creído V. que iba á dejarme pescar? ¡Ca, hombre, ca! En Marsella no entramos por el aro tan fácilmente.

Mad. Jossierand se acercó y oyó las últimas palabras del provinciano. ¡Una campaña más

perdida! ¡Una reunión más, completamente inútil! La impresión que recibió, fué de tal naturaleza, que tuvo que apoyarse en una silla mirando con desesperación la mesa saqueada por sus convidados. Propúsose desde luego no volver á empeñarse en nuevas luchas, jurando al mismo tiempo no volver á alimentar á sus amigos, que no iban á su casa más que á engullirse el té y las pastas. Pero á pesar de su resolución, buscaba un nuevo novio para su hija cuando descubrió á Augusto Vabre arrimado á la pared, resignado y sin haber tomado nada.

Precisamente se dirigía Berta con el rostro risueño adonde estaba Octavio llevando una taza de té para ofrecérsela y continuar la campaña empezada por orden de su madre. Pero ésta la detuvo, y la puso en voz baja de bestia y animal, que no había por donde cogerla.

—Lleva ese té á M. Vabre, dijo en alta voz con la mayor amabilidad.

Después volviendo á bajar la voz, añadió:

—Muéstrate cariñosa con él ó nos veremos las caras.

Berta, turbada al pronto, no tardó en responderse. Estaba acostumbrada á aquellos cambios. Frecuentemente la obligaba su madre á hacer la corte á dos ó tres galanes en



una sola noche. Presentó, pues, la taza de té á Augusto, terminando para él la sonrisa que había comenzado para Octavio. Amable en extremo con él, le habló de las sedas de Lyon, y le dió á entender que se encontraría en su centro detrás de un mostrador. Las manos de Augusto estaban temblorosas; se hallaba muy sofocado porque le dolía mucho la cabeza.

Por cortesía volvieron algunas personas á la sala. Los demás habían satisfecho su apetito y se despedían. Cuando buscaron á Verdier se había marchado. Campardon sin aguardar á Octavio se retiró con el doctor, preguntándole en la escalera si no le daba alguna esperanza respecto de su esposa. Durante la absorción del té se había apagado una lámpara esparciendo un olor de aceite rancio, y la otra proyectaba una luz tan lúgubre, que hasta los Vabre se levantaron para irse á pesar de las atenciones de que los colmaba Mad. Josserand. Octavio llegó antes que ellos á la antesala, y allí experimentó una sorpresa. Troublot que iba con él, cogiendo su sombrero desapareció, sin que pudiera haberse marchado más que por el corredor que conducía á la cocina.

—Sin duda saldrá por la escalera de servicio, pensó.

Y no profundizó más. Valeria se hallaba á su lado buscando su abrigo. Los dos hermanos Augusto y Teófilo, sin preocuparse de ella, bajaban la escalera. Octavio encontró el abrigo y se lo ofreció con galantería de hortera, maestro en el oficio. Ella le miró, y se persuadió de que los ojos de la dama al fijarse en los suyos, habían lanzado llamaradas.

—Es V. muy amable caballero, le dijo.

Mad. Juzeur que salía de las últimas, dirigió á los dos una mirada dulce y discreta. Cuando Octavio, muy enardecido se halló en su cuarto, se miró al espejo y se dijo: «¡Me arriesgaré... nada se pierde!»

Mad. Josserand se paseaba por la desierta sala muda y en extremo agitada. Cerró con violencia el piano, apagó la lámpara que ardía, sopló las bujías que estaban encendidas en el comedor, y el espectáculo de la mesa con las tazas y las bandejas vacías acabó de exasperarla. Sus terribles miradas se fijaron en Hortensia que comía tranquilamente los restos de bizcocho que habían quedado en algunos platos.

—Sigues haciéndote mala sangre, mamá, le dijo. ¿No te salen bien las cuentas? Pues yo estoy satisfecha. La ha comprado unas camisas para que se marche.

Mad. Jossierand se encogió de hombros.

—¿Supones que eso no significa nada? añadió Hortensia. Pues tú guía tu barca como yo la mía, y verás que bien vamos... ¡Jesús! ¡qué bizcocho tan malo! Preciso es que estuvieran nuestros amigos rabiando de hambre para haberlo comido.

M. Jossierand á quien fatigaban las reuniones de su cara mitad, se había dejado caer rendido en una silla; pero tuvo miedo de una nueva querella y acudió á sentarse cerca de Bachelard y de Gueulin, que estaban á la mesa con Hortensia. El tío al despertarse había descubierto un frasco de rom y le apuraba en compañía de su sobrino, no sin lamentar de vez en cuando la pérdida de los veinte francos.

—No es por el dinero decía, sino por la manera de sacármelo. Ya sabes lo que soy para las mujeres, les daría hasta la camisa, pero no me gusta que me pidan. En cuanto me piden, me da rabia, y entonces se me quitan las ganas de dar.

Al ver que su hermana le miró con ojos furibundos:

—No hables una palabra, dijo... Ya sé lo que debo yo hacer respecto de mi sobrina... Pero no puedo remediarlo, las mujeres que piden me cargan. Jamás he podido conser-

var una sola... ¿no es verdad Gueulin? Y luego, si al menos viera yo entre vosotros alguna muestra de consideración... pero ya lo veis, León no se ha dignado venir á felicitarme.

Mad. Jossierand continuó sus paseos con los puños crispados. Tenía razón su hermano, León había prometido, y como los demás había burlado sus esperanzas. ¡No había sacrificado un par de horas siquiera, en favor del porvenir de sus hermanas! Al mismo tiempo que así pensaba, descubrió un pastelillo detrás de un vaso y lo encerraba en un cajón, cuando Berta que había ido á sacar de su prisión á Saturnino llegó con él. La joven le calmaba mientras que el chico con ojos torvos miraba á todas partes y registraba los rincones con la fiebre de un perro encerrado durante mucho tiempo.

—¡Vaya un necio! dijo Berta. Pues no cree que acabo de casarme. Anda hijo, anda... busca al marido por todas partes que ya te cansarás. ¿No te he dicho que el plan de esta noche se ha malogrado? ¿No sabes que siempre sucede lo mismo?

Al oír esto Mad. Jossierand estalló.

—Yo os juro, dijo, que esta vez no se malogrará, aunque tuviera yo misma que atar de piés y manos al candidato. Sí, señor

marido, aunque me mire V. con ese aire de duda, le aseguro que mis proyectos se realizarán, y mi hija se casará pese á quien pese. Lo oyes Berta... no tienes más que hacer que tomarle, como quien dice... y si quieres que viva tu madre, te ruego que no le dejes escapar.

Saturnino parecía no oír, miraba con afán debajo de la mesa. Berta hizo una seña á su madre para que callase, pero Mad. Joserand le hizo otra á su vez como dando á entender que el loco desaparecería.

La joven murmuró:

—¿Con que ahora es resueltamente el elegido M. Vabre? Lo mismo me da... ¡Y pensar que no me han guardado ni un mal sandwich!

#### IV.

Desde el siguiente día Octavio se dedicó á Valeria. Averiguó sus costumbres, supo á qué hora podría tener probabilidades de hallarla en la escalera y se las compuso del mejor modo para proporcionarse el deseado encuentro, aprovechando el almuerzo que hacía en casa de Campardon, ó escapándose con cualquier pretexto de la tienda en donde desempeñaba el cargo de primer dependiente. No tardó en saber que todos los días á cosa de las dos, si el tiempo lo permitía, salía la señora de sus pensamientos con su niño é iba por la calle Gaillon al jardín de las Tullerías. Desde entonces miraba al cielo, y en el momento oportuno se situaba en la puerta de la tienda para esperarla, y la saludaba al paso con una de sus más galantes sonrisas de hortera. Valeria respondía á estos